



Vita Sackville-West

y una novela sobre la vejez

JAIRO MORALES HENAO

Ha muerto Henry Holland, primer Conde de Slane, exvirrey de la India, exprimer ministro, miembro por muchos años del parlamento británico y figura familiar en el gabinete de gobierno desde muy joven y por muchos períodos. Tenía 94 años de edad. Lo sobreviven sus seis hijos y su esposa, ahora Deborah Holland o Lady Slane, de soltera Deborah Lee.

El muerto fue un prohombre del imperio, un arquetipo intachable en su vida pública y privada, un fiel y brillante servidor del Reino Unido y sus majestades reales. “Hedonista, humanista, deportista, filósofo, erudito, hombre de seducción y de ingenio; uno de esos raros ingleses que tuvieron la fortuna de nacer provistos de una mente realmente adulta. Sus colegas y sus subordinados se deleitaban y enfurecían alternativamente por su fingido desdén para tratar cualquier asunto práctico. Era difícil conseguir de él un sí o un no. Cuanto más importante era una cuestión, más despreocupadamente la trataba”. Rey del sentido común y

del término medio, elocuente, encantador, en el polo opuesto a toda radicalidad, habitante de una burbuja impenetrable a todo desconocimiento y aun a la menor crítica o reproche.

Su esposa, el personaje central de esta novela, tenía apenas dieciocho años y una inexperiencia total del mundo cuando, sin darse bien cuenta de lo que le sucede, y sin estar enamorada, *fue casada* por los suyos, sobre todo por las suyas (el corro femenino de su familia) con ese hombre que, siendo aún muy joven, era ya un político sobresaliente, mucho más que una promesa, un hombre de Estado cuyo futuro, como dice el lugar común, se despliega ante él brillante y sin obstáculos presumibles en el horizonte.

A Deborah Lee nadie le preguntó si se quería casar, si estaba enamorada, menos Lord Henry Holland, que se dio por aceptado desde la primera visita. Todos consideraban que se la distinguía, que era un honor haber sido elegida, y que a nadie se le ocurriría la idea de que ella pudiera rechazarlo. Pero lo pensó, vaciló. Esto se sabe mucho más adelante en la novela porque el relato va del presente de la muerte del padre y esposo, hacia los comienzos del matrimonio. En esas primeras horas de la muerte es la madre *el problema* a resolver por los hijos. ¿Qué hacer con mamá? Lo de Lord Slane es ya solo trámite rutinario: decidir detalles importantes y secundarios de las exequias, recibir coronas y condolencias, evitar el asedio de los reporteros, las intromisiones. En cuanto a Deborah Slane, es seguro que ella aceptará lo que sus hijos —sexagenarios todos y próximos algunos a los setenta— acuerden. Por eso, deben preocuparse únicamente de decidir lo mejor para ella. Ni de lejos se le ocurre a ninguno que ella pueda disentir. Nunca lo hizo con su esposo durante sus setenta años de convivencia. “Es claro que ella no discutiría la sensatez de las medidas que resolvieron tomar. Mamá no tenía voluntad propia; toda su vida, graciosa y dulce, ella había sido completamente dócil, un apéndice [...] Nunca calcularon que ella pudiese tener ideas que guardara para sí. No sospechaban que su madre les fuese a dar el menor trabajo. Que pudiese volverse contra ellos y jugarles una mala pasada”. Su hija lúcida e irreverente, Edith, una presencia incómoda para los demás por el desparpajo de su franqueza involuntaria, escucha a su duende

resumirle el proceso vivido por su madre al lado de su padre con estas palabras: “Papá la había drenado tan completamente durante su vida que ahora no le quedaban fuerzas para ocuparse de su memoria”. ¿Cómo podían esperar, entonces, sus hermanos una actitud distinta a aquella pasividad con la que Deborah Slane se dejaba estar durante las primeras horas de la muerte de Lord Slane?

Pero que la drenada no había sido tan completa, como lo veía la aguda Edith, es algo que sus hijos supieron muy pronto y de cuyos entretelones se enterará el lector, en una de las vetas más interesantes y entretenidas de una novela que, al principio puede dar la falsa impresión de ser solo una historia convencional y, no obstante, está llena anecdóticamente, bien hilvanada, con dominio pleno del mundo social representado y desde una escritura que exhibe la brillantez propia de un escritor de primer orden.

El quiebre argumental que redime a la novela del plano convencional ocurre cuando la familia se reúne después del funeral, al que asistieron el primer ministro y los dos príncipes de la Corona, entre otras personalidades. El diálogo entre hijos y madre es una deliciosa esgrima de chispeante oposición entre las fórmulas dictadas por la hipocresía de las buenas maneras para con la madre, obligación de todos, y la socarrona ironía de esta, que termina por desarmar a sus hijos, empeñados en hacerla pronto a un lado de la manera más “respetuosa”, “elegante” y “delicada” posible. La “solución” que habían cocinado para ella era “sencilla”: viviría en los cuartos de huéspedes de las casas de sus hijos, por turnos y temporadas preestablecidas. Había que evitar los gastos que representarían el sostenimiento de aquella mansión para ella sola, su servidumbre y su hija soltera. La respuesta los deja pasmados:

—¿No estás de acuerdo, mamá?

Todos la miraron, consternados.

—¿No estás de acuerdo, mamá?

—No —respondió Lady Slane, sonriendo—. No voy a vivir contigo, Herbert; ni contigo, Carrie; ni contigo, William; ni contigo, Charles, por buenos que sean todos. Voy a vivir sola.

Pasmo colectivo. Ahí tiene la novela su quiebre definitivo, su entrada en el tema central. En

Y cumplió la promesa de hundirse en la vejez. Que en su caso tuvo dos significados: disfrutar de los hechos elementales, incluyendo las dificultades, que le ofrece su nueva vida, libre de toda obligación social y familiar; y reflexionar —por fin en calma, con todo el tiempo para ello— sobre lo que ha sido su existencia.

el fondo, todos le agradecen, pero deben dejar sus manos cabalmente limpias, por lo que le garantizan que no permanecerá sola ni un día:

—Bueno —dijo Carrie, tratando de solucionar las cosas—, por lo menos nos ocuparemos de que no te sientas nunca sola. Somos tantos, que podemos arreglar fácilmente que tengas por lo menos una visita por día.

La respuesta de su madre es una delicia:

—Al contrario, ése es otro asunto sobre el cual estoy resuelta. Ves, Carrie, me voy a volver completamente egoísta. Me voy a hundir en la vejez. Nada de nietos. Son demasiado jóvenes. Ninguno ha llegado a los cuarenta y cinco años. Nada de bisnietos, tampoco; eso sería peor todavía. No quiero ver a jóvenes llenos de energías, que no se contentan con hacer las cosas sino que tienen que saber por qué las hacen. Y no quiero que me traigan a sus hijos para verlos, porque solo me recordarán el esfuerzo terrible que tendrán que hacer las pobres criaturas [...] Prefiero olvidarlos. No quiero a mi alrededor sino aquellos que están más cerca de la muerte que del nacimiento.

Y parte sola hacia Hampstead, entonces en las afueras de Londres (estamos en 1930). Se le unirá Genoux, su dama de compañía de toda la vida, una francesa de origen campesino y también octogenaria.

Y cumplió la promesa de hundirse en la vejez. Que en su caso tuvo dos significados: disfrutar de los hechos elementales, incluyendo las dificultades, que le ofrece su nueva vida, libre de toda obligación social y familiar; y reflexionar —por fin en calma, con todo el tiempo para ello— sobre lo que ha sido su existencia. Para cumplir con lo primero, fuera de su decisión absoluta de hacerlo, el azar

le proporciona dos cómplices formidables, sobre todo el casero, a la vez “representante” para discutir el precio del alquiler y los arreglos necesarios, el inolvidable señor Bucktrout, decidido también a vivir su vejez, y que comparte con Lady Slane, aún de manera más radical, su distancia con las personas de edades diferentes a las de ellos:

—Es usted muy amable, Lady Slane. Tengo pocos amigos y encuentro que, a medida que uno envejece, se apoya cada vez más en la compañía de sus contemporáneos y evita la de los jóvenes. Son tan fatigosos. Tan perturbadores. Actualmente, no puedo casi soportar una persona de menos de setenta años.

Cultiva también Mr. Bucktrout un decir anacrónico y enfático que es toda una delicia para el lector, que divierte a Lady Slane, deja indiferentes a Genoux y al maestro carpintero, y debe sonar insoportable al oído de un editor minimalista de hoy. Escuchémoslo solo un momento: “Uno sabe que, casi con seguridad, va a caer en el Arroyo de la Competencia y a quebrarse la pierna saltando el Cerco de la Desilusión, tropezar con la Alambrada de la Intriga”. Párrafo a propósito de lo que es tener veinte años, y el cual termina de este modo: “Cuando uno es viejo se puede tender a descansar como el jinete lo hace a la tarde, después de la carrera, y decir: Bueno, en esta pista no tendré que correr nunca más”. Este decir macarrónico de Mr. Bucktrout es uno de los disfrutes de Lady Slane en su vejez, y es rasgo de carácter del personaje en todas sus apariciones.

La otra línea que compone el retiro de nuestro personaje, ya lo anotamos, es la reflexión sobre lo que ha sido su vida. Escoge con celo lugar y hora para hacerlo, cuando nada la va a interferir. Que el asunto viene de antes lo muestra la naturaleza no errática de ese pensamiento, el cariz

de lo que viene de una semilla, que la voz narradora nos cuenta recurriendo a un símil: alguna vez, acompañando a su esposo en un viaje por Persia, una nube de mariposas blancas y amarillas persiguió con persistencia el coche tirado por caballos en el que viajaban, y a ella se le ocurrió pensar que, de igual manera, de toda su vida al lado del gran hombre, nunca se habían apartado por completo: “Recordó haber pensado que esto se parecía un poco a su propia vida, siguiendo a Henry Holland como si fuese el sol pero, de vez en cuando, metiéndose dentro de una nube de mariposas que eran sus propios, irreverentes e inconexos pensamientos” que, desde luego, no alteraron nunca el destino de su marido, pero que, en ella, “el revoloteo de aquellas mariposas de sus pensamientos secretos, perversamente, siguió siendo siempre más importante”.

Y ahora se trataba de echarle una mirada a esas mariposas secretas de su vida. En el centro de aquella nube, dos imágenes refulgen como ejes definitorios. Sabe cuáles son. Desde ellas quiere levantar el plano de su existencia, para eso ha venido a Hampstead. Quiere establecer en rigor el papel jugado por cada una, su peso final en el diseño de su destino y, de acuerdo con eso, absolverse o condenarse. Esos centros de gravitación fueron su matrimonio y su vocación profunda de ser pintora, surgida en la adolescencia, pero finalmente ignorada y acallada. Y aunque muy cerca uno de otro, fue primero la irrupción del deseo de pintar. Se encontraba en las mejores condiciones para hacer esa inmersión en su pasado: “Podía recostarse en la muerte y examinar la vida [...] Se vio a sí misma como una muchacha joven, caminando junto al lago [...] Seguiría esa ambición de antaño desde su dudoso nacimiento, a través de los meses en que se afirmó y aumentó y la recorrió por dentro como la sangre [...] ¡Por Dios —exclamó, al correr la sangre joven otra vez generosamente por ella—, ésa es la vida que merece ser vivida! La vida del artista, del creador”. Pero aún apenas afinándose esa compulsión artística, sin haber cogido apenas un pincel, se encontró casándose, dándose cuenta apenas, no de lo que hacía, sino de lo que hacían con ella padres, familia y amigas, sin haberlo deseado y sin estar enamorada —eso lo tiene claro— del “partido” que le llovió del cielo, y el que con el primer beso en los labios y el anillo

de boda en la mano, le desliza, con la delicadeza del caso, la negativa a su deseo de dedicarse a la pintura en la forma que lo ha soñado. Negativa esencial envuelta en el pañuelo perfumado de la aceptación de que, desde luego, puede hacerlo como pasatiempo, dado que su ocupación central será darle hijos, apoyarlo en su carrera política y acompañarlo en cuanto evento lo requiera: “Entonces sí fue cuando se sintió entrapada y enloquecida. Sabía muy bien lo que él quería decir [...] Había obtenido una respuesta. Jamás volvió a referirse a ella”. “¿Había sido feliz?”. Había sido cuidada. Pero “las cosas no eran tan sencillas. Si le hubiesen preguntado si amó a su marido, podría responder sin vacilar: sí, lo había amado”. Solo que hacía presencia otro lado que también era cierto: “Sus ambiciones, su existencia secreta, todo había cedido. Lo quiso tanto que hasta su rencor fue sojuzgado; ni siquiera podía reprocharle el sacrificio que le había impuesto”.

Por eso el balance definitivo carga con la ambivalencia. “¿Habría tal vez algo hermoso, algo activo, algo hasta creador, en su aparente sumisión a Henry? [...] Todo lo que había de mujer en ella contestó: ¡sí! Todo lo que en ella había de artista replicó: ¡no!”. Recordó que algunas veces deseó morir: “A veces, alejándose, su posición con respecto a Henry le parecía tan falsa que el peso de la vida se volvía demasiado grande y deseaba morir. No era una frase, realmente lo deseaba”. El balance, pues, de una existencia “rodeada de todos los lujos y comodidades”, como dice la frase hecha, no es favorable; desdeña la idea de tomarla como burladero de lo que se admite a sí misma como un fracaso esencial: se traicionó por las conveniencias de los demás. Así se cierra la segunda parte de la novela, que es su eje central. Y en ese movimiento introspectivo de Lady Slane es clara la intención de la autora de ir más allá de ese caso particular y plantearlo como pregunta a las mujeres inglesas. Victoria Sackville-West, una aristócrata (se crio en un castillo con 500 habitaciones y 50 criados), autora de una obra literaria importante —reconocida por el mundo literario de su tiempo, incluyendo el Grupo de Bloomsbury, poeta, novelista, experta en jardinería—, y con una vida personal por completo fuera de la norma: vivió con su esposo, Harold Nicolson, en lo que ahora se llama “pareja abierta”

“No hay nada nuevo bajo el sol”, dijo alguno), porque también él era bisexual, y se toleraron esa situación, lo que no les dificultó tener dos hijos; fue amante reconocida de Virginia Woolf, quien la tomó como modelo para su novela *Orlando*, y de otras mujeres destacadas en la vida social y cultural inglesa. Ese “ir más allá” del caso particular de Lady Slane adquiere la forma de pregunta agresiva a las mujeres de su tiempo: “Nunca se le ocurrió que tal vez prefiriese ser, sencillamente, ella misma”.

Aclarado el asunto capital de su existencia, aquello que la desasosegó siempre como una presencia oscura, no definida y expuesta a la luz cenital de una comprensión cabal, en la “Tercera Parte”, Lady Slane, animada por la reconciliación que le ha entregado su entendimiento, regresa a su vida exterior con una serenidad que la revitaliza y que agrega una nueva luz a la conciencia previa de estar viviendo el último tramo de su vida. Así la rutina, los gestos y detalles mínimos que la componen, cobra el relieve de quien solo tiene ese presente para vivirlo, para escanciarlo deleitosamente, sin añoranza alguna por el relumbrón de su pasado social ni del ámbito familiar que le arrebataron tantas horas. Un paseo por las afueras, un parque, los niños elevando cometas, la contemplación de un atardecer, la lectura de un buen libro, las comidas, el sueño, las conversaciones con Genoux, su sirvienta, Mr. Bucktrout, el casero, o Mr. Gosheron, constructor y carpintero, las gentes que van o vienen del trabajo o simplemente pasean, sus horas en el jardín dedicadas a los recuerdos. “La rutina de su vida cotidiana era cuanto deseaban; en verdad, era lo único para lo que les alcanzaban las fuerzas”.

Y la novela pudo terminar con esa coda, con esa “adición brillante” de poesía y sabiduría que en la voz narradora anima el fin de la existencia de una protagonista que ya para ese momento se ha ganado la simpatía del lector. Pero no ocurre así. Hasta el cierre de ese segundo movimiento, el relato se ha movido en lo fundamental hacia atrás, en el territorio de la evocación y la reflexión: qué sucedió y por qué. Un amigo de Kay, su hijo, y bastante mayor que este, aparece en escena y cambia la dirección del movimiento narrativo, que se proyecta hacia adelante: ¿qué va a pasar?, lo que altera en algo la serenidad del retiro de

Lady Slane, no a fondo, pero sí riza esa calma con una excitación imprevista.

Riquísimo coleccionista de arte y objetos preciosos, y tan avaro como rico, Mr. FitzGeorge resulta ser un hombre que en su juventud se enamoró de Lady Slane, quien en absoluto dice recordarlo, lo que es cierto, como se lo expresa a su hijo Kay cuando este le solicita una entrevista para su amigo. El encuentro ocurrió en una cena en Calcuta, cuando ella era virreina, pero no dejó huella porque nada ocurrió entonces. Cuando Mr. Fitz ve que su amigo le da largas al asunto, se aparece por cuenta propia en el retiro de Hampstead Head. Agrada en su primera visita y esta se convierte en costumbre semanal. El cuarteto de ancianos parlanchines, no olvidemos a Genoux, se hace quinteto, y la conversación, desde luego, se enriquece con su presencia, se hace mucho más divertida. Disfrutan la compañía mutua, no hay rivalidad alguna entre ellos, ni ninguno espera nada especial del otro, más que aquella compañía fácil, voluntaria y agradable para las partes.

Ese “ir más allá” del caso particular de Lady Slane adquiere la forma de pregunta agresiva a las mujeres de su tiempo: “Nunca se le ocurrió que tal vez prefiriese ser, sencillamente, ella misma”.

Pero bajo esa superficie anodina y sabia, de hombres y mujeres sin futuro —y todos ellos saben que así es—, en ese aire zumbón de sus encuentros, comienzan a fluir dos acontecimientos. El agrado de Lady Slane con aquella amistad tardía y desinteresada, y con el conocimiento de su origen: el amor que le inspiró en su juventud y del que no se enteró, dato que es un calorcillo especial para su sangre vieja: es valioso para ella saber que inspiró sentimientos en otros hombres y no solo en su marido. La otra corriente viene de Mr. FitzGeorge. El lector, pincelada aquí, pincelada

allá, va sintiendo bajo sus pies la corriente de un amor que fue poderoso en su momento, avasallador incluso, y que después no tuvo par en la existencia prolongada y aventurera de ese rico, avaro y solitario coleccionista. Tanto que a él lo ha sacado de su rutina de anciano, cuya única distracción era su encuentro semanal en el club con Kay. Y a ella la ha llevado a aceptar aquel tardío e inocente galanteo intrascendente, incorporándolo a la placidez de su retiro porque halaga a su vanidad y porque no va a alterar esa placidez. Fitz encarnaba para ella una “amable fantasía”, como sus otros dos nuevos amigos. Los dos son ancianos, y no lo olvidan. Nada va a ocurrir entre ellos, desde luego. Y también saben esto. Y más que un galanteo en presente, Mr. FitzGeorge divaga por lo que fue su tímido y distante galanteo antiguo, y con una astucia que la asombra, le hace reconocer el fracaso íntimo que representó renunciar a la pintura. Paseaban juntos, simulaban ignorar los momentos de fatiga física. En uno de esos paseos —no resistimos la tentación de citar esta joya de la novela—: “hasta visitaron la casa de Keats, ese cajoncito de tensión y tragedia perdido entre laureles de color verde oscuro”.

Pero la muerte de Mr. FitzGeorge altera la placidez de aquel cuadro de ancianos en espera relajada de la muerte. Solterón, solitario, sin familia, los museos contaban con que iba a legarles su colección (el viejo les había dado a entender eso en distintas oportunidades). “Pero Mr. FitzGeorge no dejó su colección ni al país ni a Kay Holland. La dejó toda, incluyendo el total de su fortuna, a Lady Slane”. “Revocaba un testamento anterior. Decía expresamente que la posesión de Lady Slane debía ser absoluta, y que no se le imponía obligación alguna en cuanto a la disposición ulterior de sus bienes”. Revuelo. La familia, desaparecida del relato como presente activo —los hijos habían dejado de ir muy pronto, los bisnietos tenían prohibido aparecerse en Hampstead y los nietos no eran bien vistos— miran de nuevo con interés en dirección de su madre y abuela. “La indignación y la congoja de los museos solo fue comparable con el asombro y regocijo de la familia de Lady Slane, que reunió enseguida todas sus fuerzas en torno de la mesa de té de Carrie”. La rapacidad de esta familia de clase alta y la mezquindad para juzgar a la madre

se expresa de la manera más desvergonzada en esa reunión, en boca de cualquiera de ellos ante el temor expresado por William, el hijo con más “sentido práctico”, refiriéndose a su madre:

No parece tener ninguna idea del valor de las cosas, ninguna idea de responsabilidad. Bien podría ocurrir que entregase toda la colección al país.

Cundió la alarma en la familia de Lady Slane.

—¿No lo dirás en serio, William? Seguramente tendrá *algunos* sentimientos con respecto a sus hijos.

Finalmente ella decide lo que el lector sabe desde un principio que hará: donar esa colección y el dinero a la nación y los hospitales. Ha sido un juego. Mr. FitzGeorge, también sospecha del lector, sabía que ella no iba a hacer otra cosa. Transcurridos algunos meses de la muerte de este amigo tardío, su mente tiene la revelación: “Y de pronto, en un momento de iluminación, comprendió por qué FitzGeorge la había tentado con su fortuna: sólo lo hizo a fin de que ella hallase las fuerzas necesarias para rechazarla”. El suyo ha sido un gesto de amor, una prueba de cuánto la había querido, y de que ese rescoldo aún alentaba, así fuera en la forma de una nostalgia sincera de lo que pudo ser. La vacilación de Lady Slane en absoluto fue una crisis honda, asunto de días, porque desde un principio ese núcleo suyo de integridad había tomado la decisión justa, y ella lo intuía así fingiera ante Mr. Bucktrout lo contrario. Con la muerte cerca, no iba a sacrificar aquella libertad que disfrutaba ahora, no iba a entrar en la emboscada sin salida de las posesiones materiales. Ignora lo que dicen los periódicos, también las reacciones de sus hijos, más exactamente: no quiere oír su reproche, del que sabe se excluyen solo Edith y Kay. El relato regresa entonces a su centro: el desapego de lo sobrante en esa hora, inspirado por una vejez lúcida. El alboroto causado por su decisión no la impresionaba mucho. Los hechos sociales, académicos, culturales, políticos o deportivos de sus descendientes, de los que se enteraba por unos periódicos hojeados con displicencia, le producían más lástima que otra cosa, por lo que sabía los esperaba a todos ellos en las aristas futuras de la vida.



Es posible romper el círculo de las convenciones dominantes y arriesgar vivir de acuerdo con otros valores, en la resistencia. Si a Lady Slane no le fue posible, si a las mujeres de su generación aquello les quedaba cuesta arriba, ahora es factible, su bisnieta lo ha demostrado. Algo nuevo ha aparecido en la mentalidad de las mujeres jóvenes.

De pronto se interesa en los bisnetos de manera absorbente, en secreto, pidiendo que le hagan llegar lo que dicen los periódicos de ellos. Esto se convierte en su actividad central. Es una exaltación de la juventud: “Gracias a Dios que no estaría allí para verlos endurecerse en una vida de adultos”. Al pensar en ellos siente escrúpulos por la donación del legado de Mr. FitzGeorge, como si les hubiera faltado. Remordimiento temporal del que no la libera la respuesta magnífica que le ofrece Mr. Bucktrout cuando se lo confiesa:

—Mi querida señora —dijo—. Cuando sus Cellinis, sus Poussins, sus nietos y sus bisnetos estén todos mezclados con el polvo de los planetas, su problema de conciencia dejará de tener mayor importancia [...] Esto era más verdadero que útil”.

Aquel nudo se deshace con la visita inesperada de su bisnieta Deborah Slane. La visita para contarle que ha roto su compromiso, contrariando a su abuelo (su abuela, Mabel, hija de Lady Slane, no cuenta, los padres tampoco). Y lo ha hecho por la música. Y aunque sus ideas son aún confusas y sus palabras vacilantes, no lo es su decisión ni su noción sobre la diferencia: “De todos modos, ¿por qué habría de aceptar las ideas de otros? Las mías tienen las mismas posibilidades de ser acertadas, acertadas para mí”, le dice la muchacha. Su bisnieta no estaba al tanto de que ella sacrificó su deseo de ser pintora y, por eso, también ignoraba la emoción extrema que embargó a su bisabuela en esa hora. Para Deborah fue suficiente la oleada de simpatía que sin duda sintió alentar en la anciana. Lady Slane muere

menos de una hora después en el abrazo de esta reconciliación. Es posible romper el círculo de las convenciones dominantes y arriesgar vivir de acuerdo con otros valores, en la resistencia. Si a Lady Slane no le fue posible, si a las mujeres de su generación aquello les quedaba cuesta arriba, ahora es factible, su bisnieta lo ha demostrado. Algo nuevo ha aparecido en la mentalidad de las mujeres jóvenes.

Esa esperanza parece ser un sentido cantado en el cierre de la magníficamente bien construida novela *Toda pasión concluida*, publicada en una fecha ya tan lejana para nosotros como es el año 1931, con traducción al castellano prologada por Victoria Ocampo en 1963, en la editorial Sur. Pero el centro de gravitación y de poderosa atracción del relato es la imagen que representa una vejez coherente con el fin de todas las pasiones que impiden una entrega a lo único cierto que se tiene entonces: el tiempo presente. ■

Jairo Morales Henao (Colombia)

Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Director del Taller de Escritores de la Biblioteca Pública Piloto, editor del Boletín Cultural y Bibliográfico *Escritos desde la Sala*, publicación de la Sala Antioquia de la misma institución. Últimos libros publicados: *Oficio lector* (reseñas críticas, Ediciones UNAULA, 2014); *Panorama de la caricatura en Antioquia en el siglo XX*, en coautoría con Luz Posada de Greiff, Biblioteca Pública Piloto, 2015.